

Casa Huarte. “La casa sin habitante”

Arquitectos: Ramón Vázquez Molezún y José Antonio Corrales
Madrid. 1967

Dario I. Gazapo de Aguilera



Una forma efectiva de intentar aprehender con cierta perspectiva el siempre confuso tiempo presente deviene de volver la mirada periódicamente sobre ciertas obras o hechos arquitectónicos que, por una serie de circunstancias, se han ido configurando como hitos paradigmáticos en el transcurso de la historia de la arquitectura de este final de siglo. En definitiva, este enfoque no trata más que de recuperar las referencias, volver a orientarse, trazar una vez más las directrices de lo que se entiende como modelos de hacer Arquitectura. Son modelos capaces de ser reinterpretados sucesivamente y de proporcionar en cada momento múltiples y nuevas sugerencias.

Según estas pautas, se revisa una vez más la casa de Jesús Huarte, diseñada por los arquitectos Ramón Vázquez Molezún y José Antonio Corrales. Localizada en la urbanización de Puerta de Hierro de Madrid y finalizada en el año 1967, ha sido calificada por diversos críticos como una de las obras más significante de la arquitectura española moderna.

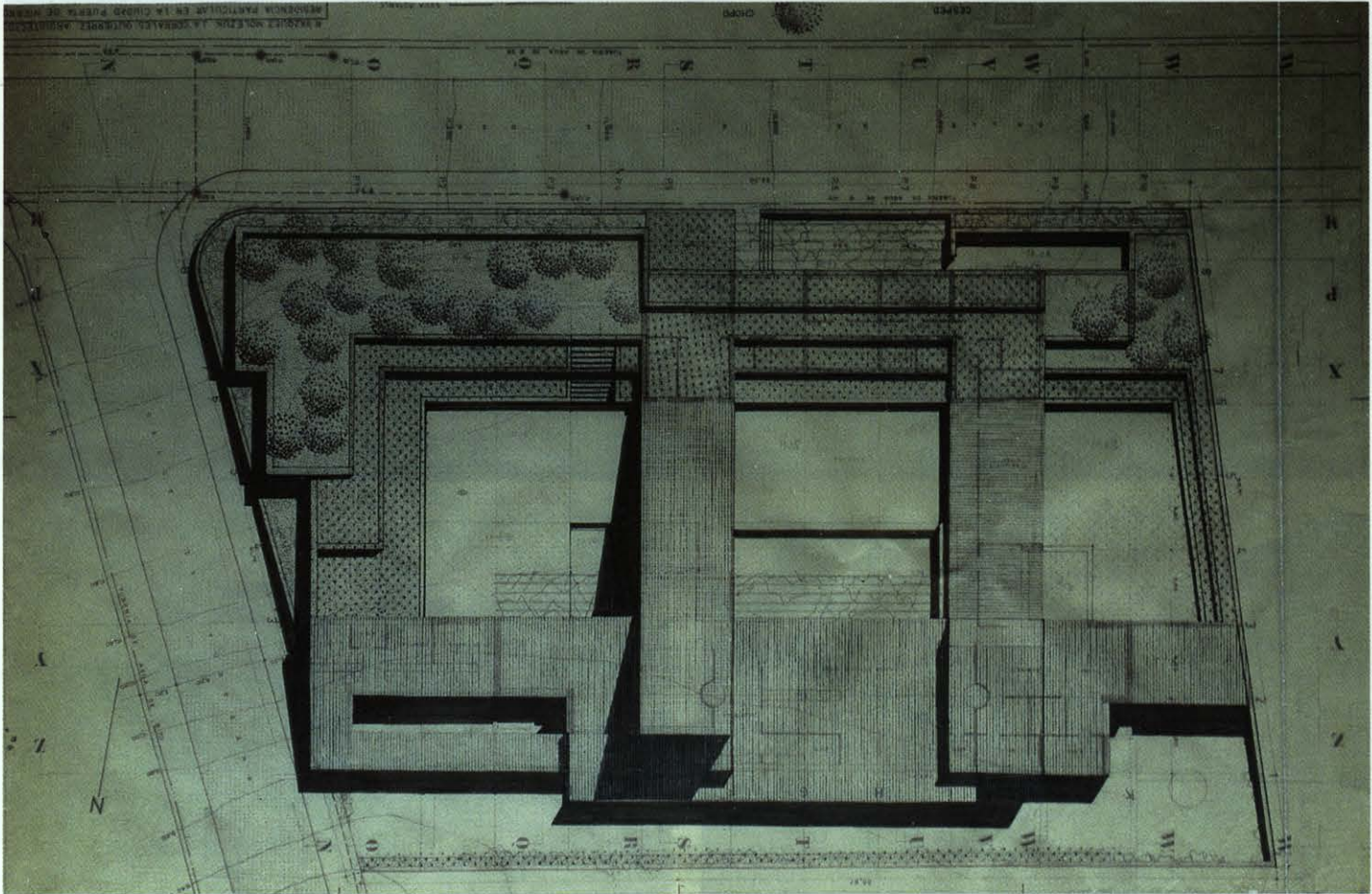
En particular, Juan Daniel Fullaondo dedicó un ejemplar monográfico -el número 20- de la Revista Nueva Forma, donde realizó un estudio pormenorizado sobre la casa, que de alguna manera ha quedado ya ligado a la -otra- historia de la casa y de sus arquitectos. La -otra- historia es acronológica, comparada, diversa, capaz de proporcionar una visión paralela a la aparente realidad de la arquitectura. Y es en ese contexto donde estas breves reflexiones se vinculan a ese modo particular y subjetivo de aprehender el espacio, a esa manera personal y propia de interpretarlo.

Por lo tanto, para poder describir estas impresiones fue imprescindible poder contemplar directamente esa arquitectura, recorriendo y experimentando el inquietante espacio ausente, atemporal, desvinculado, ajeno, del que se consiguen una serie de sensaciones emocionantes.

Un espacio, una casa que se encuentra desde hace tiempo deshabitada. Percibiéndose, por tanto, despojada, desprogramatizada, paralizada, detenida...en un instante casi eterno de silencio y quietud. Únicamente, ese intervalo se ve intervenido por la ocasional presencia de un poeta que -refugiado en unos de sus departamentos laterales- vigila y mantiene el recinto.

En esta arquitectura, la dimensión temporal se hace propia, poniendo de manifiesto unas cadencias y ritmos, unas presencias y unos recuerdos, ajenos en cualquier caso al transcurrir del tiempo. La memoria de los objetos, las huellas marcadas en los espacios, confieren un carácter propio, trascendente, que los hace aparecer absolutamente independientes de las presencias o usos circunstanciales que sucedan en la casa.

Esta insólita situación propone una experiencia particular y diferente, entre desoladora y nostálgica, entre sugerente y espectral. La dramática visión que Visconti ofrecía en la película “El Gatopardo” sobre el palacio en donde transcurría la decadencia de una sociedad se hace en este caso paradójicamente real, surgiendo inmediatamente la reflexión sobre si los paradigmas del espacio moderno, y en consecuencia



el espectro social asociado al momento -manierista- del estilo, se encuentran en una fase de disolución, de conclusión o cuando menos de conversión en otros nuevos estadios...

Y aunque sea posible que de una manera ciertamente apresurada esté ocurriendo ese desenlace final de las hipótesis "modernas", no por ello la arquitectura de Corrales y Molezún "la casa sin habitante" queda afectada por ese hecho, sino que por el contrario trasciende a esa realidad, mostrándose, si se quiere, mucho más compleja y enigmática.

La experiencia del interior es intensa. No es fácil describir el proyecto, ya que el recinto es una concatenación de acontecimientos signados por su mayor o menor grado de privacidad, articulados con una simplicidad y exquisitez absoluta: los patios, el comedor intermedio, el nicho, los salones, la biblioteca, las zonas de dormitorios, las áreas de servicio, etc, se disponen según una yuxtaposición de varios esquemas, lineales, axiales, circulares, puntuales, que otorgan a todo el conjunto una ambigua definición estilística, ambivalente entre el racionalismo más puro y la lectura orgánica más sutil.

Las ideas de profundidad, de continuidad, de secuencia, de intervalo, se despliegan en esta arquitectura de una forma natural y fácil, sin otro orden que la geometría impuesta por una métrica exacta, que proporciona a los espacios su justa y adecuada proporción, donde el equilibrio dimensional resulta impresionante.

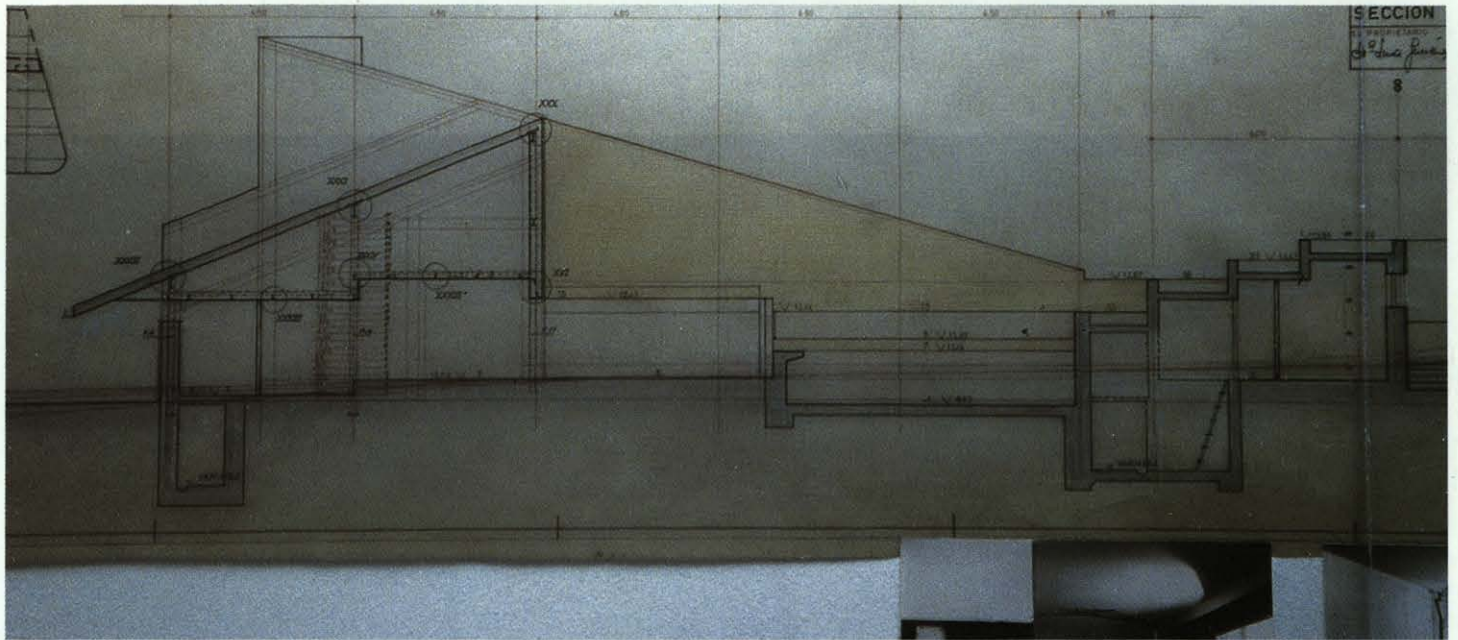
Y como todo lo que ocurre en esta casa, todos esos lugares

se encuentran cargados de memorias: cuadros, libros, fotos, discos, juguetes, disfraces, muebles, estanterías, cerámicas, cadillacs, objetos que en definitiva, como la arquitectura que los alberga, han sido despojados de su fin, para trascender a una imagen alternativa. En la casa sin habitante, la memoria ha dejado patente la magia de un lugar que fue capaz de concentrar el trabajo y el conocimiento profundo de las diversas artes: Molezún, Corrales, Oteiza, Lucio Muñoz, Sempere..., concurren sinérgicamente para dotar a estos espacios del más alto grado de eficacia y belleza.

El lugar de la casa fue diseñado, tratado, con el objetivo de lograr un microambiente, inserto en un entorno exterior, que le era absolutamente indiferente. Comparte únicamente el gris del cielo y la marginalidad de unos tímidos y anónimos límites, puntuados por las ramas de los árboles que surgen majestuosos, para anunciar la impenetrable realidad de la -casa sin habitante-.

El concepto de recinto se hace denso y sus bordes, generados como volúmenes modelados en sucesivas plataformas, configuran y envuelven el interior. Vacíos dominados por la sensación de oquedad, de profundidad, se muestran como lugares de intensa condensación espacial, en donde se depositan o gravitan "equilibrándose" las superficies laminares de las cubiertas, de las terrazas o de el espejo de la piscina.

Un paisaje sin habitante, especialmente diseñado para el



lugar en que se localiza, hasta el punto en que lo construido no encuentra su lógica sino a través de la secuencia de los diferentes ámbitos —ya interiores o exteriores—. Será precisamente esa imagen de traslación y continuidad del espacio, que secuencialmente se va matizando, cualificando y transformando, una de las valencias más significativas y destacadas de esta arquitectura.

La pertinencia de un horizonte propio sugiere inmediata la comparación con la visión interior de las tapias de la casa del pintor Antonio López. En ambos casos se hace evidente la necesidad de configurar una referencia interna, un perfil abstracto, un marco propio donde localizar en el caso del pintor sus limoneros, y en el caso de Corrales y Molezún, los álamos blancos que acogen y se funden con las dos moles graníticas de las esculturas de Jorge Oteiza, que a su vez establecen —en un inquietante ejercicio homotético— el vacío virtual definido en el interior de sus masas vibrantes.

Después del tiempo, —la arquitectura sin habitante— se ha enraizado con su lugar. Ahora, sus tersas y frías paredes se ven envueltas por una densísima trama vegetal, una nueva membrana natural que se suma al concepto diafragmático: sigue resultando magnífica la suma de las sucesivas epidermis que

configuran los cerramientos: los visillos decorados, los estores, las espléndidas carpinterías de cedro rojo, el vidrio, las persianas que opacan y entornan, dispuestos unos tras de los otros, con desplazamientos cruzados, verticales, horizontales o sobre su propio eje, etc.

Y es esa envolvente natural, aparentemente mucho más frágil, que parece abrazar a la pared cerámica, la que tamiza las aristas y contornos de los poderosos volúmenes, aportando una imagen velada, casi difusa, en cualquier caso alterable, que le hace contextualizarse, ligarse de manera definitiva con su entorno.

Nos cuentan que, en primavera, la vegetación resulta exuberante, aportando otra visión distinta, probablemente más colorista, más elocuente, más espectacular; pero ahora el gris plomo del cielo domina sobremanera y la fina lluvia hace que los ladrillos del suelo aporten el único sonido brillante a todo este espectáculo permanente detenido y ausente.

La casa Huarte “la casa sin habitante”, como tantas otras historias, como otras tantas arquitecturas, pertenece en un sentido al pasado; pero su intemporalidad, su sereno equilibrio y su exacto y sensible diseño hacen que continúe siendo una referencia básica, uno de los expedientes más intensos, rigurosos y sensibles de hacer Arquitectura. ■